

ROBERTO JUARROZ

Octava Poesía Vertical

Roberto Juarroz nació en Dorrego, provincia de Buenos Aires, en 1925. Poeta, ensayista, profesor de Letras, director y profesor de la Escuela de Bibliotecología de Buenos Aires. Dirigió la revista "Poesía = Poesía" desde 1958 hasta 1963.

Poesía Vertical es el título que el autor ha dado hasta ahora a su obra, traducida ya a siete idiomas.

"La poesía es contemplación del mundo, o hasta contemplación de los mundos que ella misma crea. Además es un punto de referencia en torno al cual se organiza la experiencia. Me gusta esta idea en cuanto a que parece decir más que cosmovisión o visión. No sólo ver sino vivir, experimentar, sufrir, gozar. Experiencia del mundo."

Roberto Juarroz en *Poesía y Creación. Ensayos con Guillermo Bado*.

ROBERTO JUARROZ • OCTAVA POESÍA VERTICAL

862
JUA
2350

CARLOS LOHLÉ

La poesía es un acto de amor: crear presencia (Roberto Juarroz). Por eso, lo que fuera concebido en la mayor soledad del creador es, paradójicamente, lo que más disminuye la soledad de los hombres. La carencia que acompaña a la carencia, la imposibilidad que llama a la imposibilidad, la ausencia que reconoce la ausencia en el otro, configuran el mayor acto de amor y de presencia.

Poesía de la contemplación y de la acción interior, poesía diferente tanto en su fondo como en su forma, la "poesía vertical" de Roberto Juarroz no sólo se condensa en los extremos de la realidad y el hombre, prescindiendo de las vagas periferias y sustentándose en una fuerza que emana de la profundidad, sino que *une* además esas instancias aparentemente opuestas y que el hombre encuentra tan difíciles de percibir al mismo tiempo: arriba y abajo. Se dan así la experiencia de la contemplación del mundo en una visión unitiva, donde a la diferencia subyace la identidad, donde el ser implica necesariamente el no-ser, donde lo positivo se potencia en lo negativo, donde la presencia se funda en la ausencia y la posibilidad en la imposibilidad, donde la palabra dice y calla a la vez, adquiriendo en esta poesía agudamente depurada una dimensión de emotivo acercamiento a la soledad del hombre, tanto más intenso por cuanto involucra a la vez la soledad sentida y la soledad pensada.

Pero en la poesía de Roberto Juarroz ese acercamiento no viene a traernos el fácil conformismo de las respuestas, sino *la presencia que inquieta* —como dijera de ella Roger Munier—, y que al cuestionar nuestras incertidumbres nos invita sin embargo a encontrarlos.

EDICIONES CARLOS LOHLÉ

C. Correo 3097 — 1000 Buenos Aires

Biblioteca Leonardo Da Vinci

Ingreso: 19-09-2017

N.º Inv.: 012350

Procedencia: donado

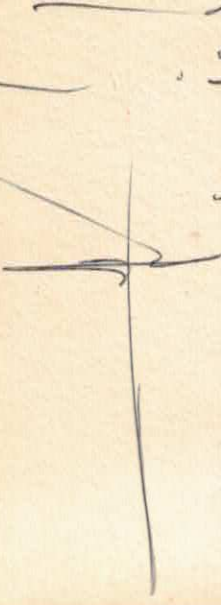
BIBLIOTECA
Leonardo Da Vinci
Escuela Dante Alighieri

12350

862 Jua

Octava

Poesía Vertical



C.S.A., noviembre de 1984

BIBLIOTECA
Escuela Dante Alighieri
San Vicente

Roberto Juarroz

Octava
Poesía Vertical

Ediciones Carlos Lohlé
Buenos Aires - Argentina



Única edición debidamente autorizada por el autor.
Todos los derechos de reproducción y traducción
están reservados para todos los países. Queda hecho el
depósito que previene la ley n° 11.723.

© 1984, Carlos Lohlé s. a., Tacuarí 1516 (1139),
Buenos Aires.

Primera edición, mayo de 1984.

Tirada 1.000 ejemplares

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina

ISBN 950 - 539 - 028 -

1

¿Dónde está la sombra
de un objeto apoyado contra la pared?
¿Dónde está la imagen
de un espejo apoyado contra la noche?
¿Dónde está la vida
de una criatura apoyada contra sí misma?
¿Dónde está el imperio
de un hombre apoyado contra la muerte?
¿Dónde está la luz
de un dios apoyado contra la nada?

Tal vez en esos espacios sin espacio
esté lo que buscamos.

También las palabras caen al suelo,
 como pájaros repentinamente enloquecidos
 por sus propios movimientos,
 como objetos que pierden de pronto su equilibrio,
 como hombres que tropiezan sin que existan obstáculos,
 como muñecos enajenados por su rigidez.

Entonces, desde el suelo,
 las propias palabras construyen una escala,
 para ascender de nuevo al discurso del hombre,
 a su balbuceo
 o a su frase final.

Pero hay algunas que permanecen caídas.
 Y a veces uno las encuentra
 en un casi larvado mimetismo,
 como si supiesen que alguien va a ir a recogerlas
 para construir con ellas un nuevo lenguaje,
 un lenguaje hecho solamente con palabras caídas.

La forma nominal de algunas cosas
 alberga de manera subrepticia
 lo sin forma, lo informe
 que anda vagando suelto por el mundo.

Así la luz ata a la noche
 y el escozor de un viento paleolítico
 se afince vigilante y se actualiza
 en el entremirar ensimismado
 de las ternuras vírgenes y neutras.

Así la militancia de la espera
 se refugia en la piel desesperada
 de algunas cautelosas displicencias,
 y la muerte, la muerte
 usa los gestos de la vida.

Si lo informe tuviera
 similar generosidad con las formas,
 nada, nadie sería extraño en el mundo.

4

Hay que alcanzar esa mirada
que mira a uno como si fuera dos.
Y después mira a dos
como si fueran uno.
Y luego todavía
mira a uno y a dos
como si fueran ninguno.

Es la mirada que escribe y borra al mismo tiempo,
que dibuja y suspende las líneas,
que desvincula y une
simplemente mirando.

La mirada que no es diferente
afuera y adentro del sueño.

La mirada sin zonas intermedias.

La mirada que se crea a sí misma al mirar.

10

5

El vacío de la mano cerrada
es mayor que el de la mano abierta,
pero no basta abrir la mano
para que disminuya el vacío:
es preciso también abrir el aire que la envuelve,
las sombras de la mano,
el recuerdo de las formas que tuvo.

Para abreviar el vacío
hay que abreviar también el mundo.

11

Registrar todos los datos,
aunque no sepamos descifrarlos.

Registrar, por ejemplo,
que también los olvidos tienen diferentes colores
y hay así olvidos verdes o rojos,
que sostienen seguramente miradas vegetales
o apagan sombríos desniveles de la vida.

Y registrar que hay recuerdos completamente
[transparentes,
recuerdos no sabemos de qué, pero recuerdos,
excesos de la memoria
o esquinas de no ser en lo que fue.

Registrar que los sueños engendran cristales
que sirven como lentes para mirar el mundo
y también su revés.

Registrar que hay flores sin perfume
y perfumes sin flor que no se encuentran,
materiales para terminar de construir al hombre
y materiales para empezar a construir a dios,
caminos hacia todo y hacia nada,
amores con los ojos hacia arriba
y amores con los ojos hacia abajo
y hasta amores sin ojos,
dura, violentamente cercenados.

Registrar que entre el cielo y la tierra pasa todo,
pero también que a veces pasa todo entre la tierra y
[la tierra,
aunque las campanas suenen en momentos equivocados
o con tañidos que son para otra cosa.
Registrar las palabras desde cerca y nunca desde lejos,
como los rostros y la muerte.

Y registrar lo más palpable, las ausencias,
las que siempre lo fueron,
las que nunca lo fueron,
su desafío al ser,
su corrección del ser,
su forma de proteger al ser
desde el oasis del no ser.

Sí. Registrar todos los datos,
aunque no haya quien los descifre.
Tal vez al final no haya necesidad de descifrarlos.

(A Angel Cuadra)

Al lado de cada línea hay un vacío.
¿Es la sombra que la línea proyecta
o el modelo que copia?

En cualquier caso ¿qué sostiene a la línea
y cómo no se hunde en el vacío?

Debajo de cada color hay un vacío.

¿Cada color será el comienzo de un abismo
o sólo su superficie soportable?

De cualquier modo ¿qué expresa así el color
y qué diría si no hubiera vacío?

Adentro de cada cuerpo hay un vacío.

¿Será el cuerpo un refugio de la nada
o sólo un malentendido entre sus huecos?
Pero entonces ¿por qué en lugar de cuerpos
no hay varias densidades del vacío?

En el mismo pensar está el vacío.

¿Será una condición del pensamiento
o al revés es el pensar el que lo crea?

Sin embargo ¿para qué tantos fantasmas de fantasmas
y no el vacío en plenitud vacío?

Debemos conseguir que el texto que leemos
nos lea.

Debemos conseguir que la música que escuchamos
nos oiga.

Debemos conseguir que aquello que amamos
parezca por lo menos amarnos.

Es preciso demoler la ilusión
de una realidad con un solo sentido.

Es necesario por ahora
que cada cosa tenga por lo menos dos,
aunque en el fondo sepamos
que si algo no tiene todos los sentidos
no tiene ninguno.

Debemos conseguir que la rosa
que acabamos de crear al mirarla
nos cree a su vez.

Y lograr que luego
engendre de nuevo al infinito.

Tengo un pájaro negro
para que vuele de noche.
Y para que vuele de día
tengo un pájaro vacío.

Pero he descubierto
que ambos se han puesto de acuerdo
para ocupar el mismo nido,
la misma soledad.

Por eso, a veces,
suelo quitarles ese nido,
para ver qué hacen
cuando les falta el retorno.

Y así he aprendido
un increíble dibujo:
el vuelo sin condiciones
en lo absolutamente abierto.

(Para Laura, todavía)

Cuando se abren las puertas del hombre,
se cierran las de alguna otra parte.
Y cuando se abren esas puertas
se cierran las del hombre.

Se trata, sin duda, de un mecanismo excéntrico,
donde se encuentran tal vez las más netas premisas
del teorema último
sobre las intemperies imposibles.
Y también sus corolarios.

Primero:

una intemperie soportable para el hombre
necesita por lo menos
las puertas abiertas de ambas partes
y quizá todas las puertas abiertas.

Segundo:

el hombre no podrá estar nunca
ni siquiera entre dos puertas totalmente abiertas.

Tercero:

el hombre no puede salir por sus puertas
y aguardar frente a las otras,
porque la intemperie no es humana.

Cuarto:

el hombre debe aprender a entrar y salir
por las puertas cerradas.

Por supuesto
que entre las premisas y sus escuetos corolarios
falta el hilo tenso de la demostración,
algo así como si entre el nacimiento y la muerte
faltase la vida.

(A Guillermo Boido)

Desgarrar el papel al escribir
para que desde el comienzo
asome por debajo el deterioro,
el desgaste, el hundimiento
al que se debe someter toda escritura.

Esa invalidez original
limará las palabras
y acortará los desahogos,
hasta que surja el hilo retorcido
y ajustadamente abismal
del lenguaje correspondiente al hombre.

Que la escritura desguarnezca
a la mano que simula providencias.
Que la escritura no contribuya a armar la máscara
sino el rostro sin afeites que oficiamos.
Que la escritura enrole en su constancia
la cantera y la piedra,
la secuencia y el término,
la destrucción y el límite.

Edificar una sola vez un día totalmente claro
y dejar que en sus múltiples y abiertos aposentos
cada forma se comporte como quiera.

Que la mano cambie entonces su imagen
y el pájaro la suya
o que ambos las intercambien en su oficio
de acorralar partículas del aire.

Que el tiempo bastonero se haga a un lado,
baje su voz la muerte
y el reloj de la torre
comience a ir hacia atrás o a la deriva
o se titule nube y abandone su sitio.

Que hoy deje su forma de ser hoy
y tome la forma de ser siempre
o por lo menos la del agua,
un agua transparentemente sola,
un resumen del agua.

Que las cosas escapen de sus formas,
que las formas escapen de sus cosas
y que vuelvan a unirse de otro modo.

El mundo se repite demasiado.
Es hora de fundar un nuevo mundo.

13

El centro del amor
no siempre coincide
con el centro de la vida.

Ambos centros
se buscan entonces
como dos animales atribulados.
Pero casi nunca se encuentran,
porque la clave de la coincidencia es otra:
nacer juntos.

Nacer juntos,
como debieran nacer y morir
todos los amantes.

14

Los poemas inacabados,
los poemas que se abandonan como una derrota,
dejan sus imágenes en algún rincón desconocido
donde poco a poco se va formando solitario otro
[poema,
un poema que tal vez algún día encontraremos.

Así nacen las formas en la noche,
como criaturas aparentemente descartadas.
Y no alcanza una sola mañana
para que surjan a la luz.

Las líneas de la germinación y de la espera
dibujan intraducibles jeroglíficos
sobre la piel que separa en todas partes
el silencio y la palabra.

Hasta que llega la conjunción reparadora
que viste con esa piel el cuerpo nuevo
y recoge las antiguas imágenes,
porque ninguna imagen se pierde.

15

La osada perfección con que las hojas
se distribuyen el espacio,
implica un misterio
que absuelve de la duda
de estar o no estar en un lugar,
desbarata la torpeza
de instalarse en cualquiera
y proclama como un nuevo evangelio
la salvación por el espacio.

Estar en el espacio es como estar en un canto,
donde la ubicación de cada cosa equivale a su nombre
y donde cada sitio es un lugar sagrado,
aunque esté totalmente vacío.

16

Reflejo de lo que pasa en lo que pasa.
Ningún espejo fijo.
Cuerpo de agua,
viento en las venas de las cosas.

Universo incompleto:
falta donde mirarse.

Falta la voz, el tiempo, el sueño inmóvil.
Falta un seguro asilo de la imagen.

17

Mientras duermes
tu mano me transmite imprevistamente una caricia.
¿Qué zona tuya la ha creado,
qué autónoma región del amor,
qué parte reservada del encuentro?

Mientras duermes
te conozco de nuevo.
Y quisiera irme contigo
al lugar donde nació esa caricia.

18

Apagar las habitaciones iluminadas,
para que nada interrumpa la dimensión unánime
y las manos se liberen de la visión que las cautiva,
hasta recuperar su oficio
de aliadas de la noche.

Porque hay que encender la luz en otra parte,
más lejos que los ojos de los hombres,
más cerca que cualquier otro ojo.

Allí donde la razón adapta monstruos.

19

Escaleras que no ascienden ni descienden, que no llevan hacia arriba ni abajo, horizontales escaleras que preservan simplemente la naturaleza de ser escaleras.

Sus pedaños reflejos no ayudan a ningún pie ni colaboran con ninguna altura. Es más: sólo existen a la altura en que están. Escaleras para ir hacia el centro.

20

Barrer de vez en cuando el pensamiento hasta dejarlo como un patio vacío, para que allí dibujen sus piruetas los acróbatas del olvido.

Y aunque las precoces hormigas del recuerdo trabajen por debajo, surgirá de pronto un pensamiento diferente, un pensamiento quizá frágil, tal vez roto, pero con otra sustancia entretrejida.

Y no importará de dónde venga. El pensar debe ser siempre otra cosa, por ejemplo la imagen de una imagen sin sombra en un patio vacío.

21

El destino del paso que no damos se inscribe en un espacio paralelo y nace allí una secuencia de pasos no dados, que cumplan sin embargo su destino de pasos y en algún lugar o tiempo se encuentran o por lo menos se cruzan con los nuestros y entonces de alguna manera los corrigen.

Hacia un lado o hacia otro, el hombre debe dar todos sus pasos.

22

La tierra es un campo de pastoreo de las estrellas o tal vez la zona de operaciones de un ladrón invisible.

Cualquier cosa que hagamos o tomemos es entonces competir o usurpar algo, infringir un derecho que nos vigila sigilosamente desde el aire, violar cierto principio anterior a nosotros.

Ser resulta así un robo.

Ser es ser contra algo, contra una sustancia escurridiza que ocupa siempre los lugares donde estamos y se filtra por cualquier intersticio. Ser es algo prohibido

a lo que estamos sin embargo siniestramente obligados.

A menos que ser consista simplemente en ir a robar a otra parte, donde este robar no es un delito.

Despertar imprudentemente cuando no corresponde
 es a veces descubrir un secreto del mundo,
 la mirada oculta de una cosa,
 la conducta reservada de otra,
 la atmósfera tangencial que respiramos.

Suele ocurrir entonces,
 por un descuido del orden o el desorden,
 que una atadura imite a la libertad,
 la muerte se sosiegue por un rato,
 una espina se desarme como una flor implícita
 o el retrovisor de la noche
 acumule su óptica en la nuca del día.

Es como si el mundo inventara otro mundo
 cuando no es observado,
 otro mundo que no siempre logra ocultar a tiempo
 cuando alguien de improviso fractura
 el programado sopor que nos habita.

Desde entonces sabemos
 que todo mundo necesita por lo menos dos mundos,
 aunque la contrasña sea
 acreditar nada más que uno solo.

No decir el poema.
 Dejar que se deslice
 por los confines demasiado inmediatos
 de la vida que se va
 como un niño cansado de sus juegos.

Preservar una vez el poema
 en su estado primero
 y hasta renunciar a su luz y su sombra
 para que no se deshaga
 en torvos gránulos de despobladas peripecias.

No decir el poema,
 para que siga diciéndose en otra parte.
 O para que nos trabaje por debajo,
 como un zócalo perfumado de imágenes.

Recortar figuras del silencio
 como de un cartón de singular consistencia
 y armar con ellas un nuevo paisaje,
 donde el vaivén de la luz y el trajinar del tiempo
 no presionen sobre los imprescindibles circunloquios
 [del corazón.

Pero recortar después otra figura
 de ese cartón más delgado que es la palabra del
 [hombre

y asociarla humildemente a las otras,
 no para nombrarlas
 sino para dar más color a su misterio.

Y es probable que entonces surja allí otra figura,
 recortada no sabremos de dónde,
 una figura que por fin nos muestre
 el rostro desamparado que perdimos.

Aunque abramos bien los ojos,
 sólo vemos el cielo a través de pequeños orificios
 por los que además se derrama el infierno.

El cielo, en cambio, no se derrama.
 Es preciso aguardar el momento justo
 y derramarse en él
 cuando los pequeños orificios
 no están ocupados por el fluir del infierno.

Puede entonces ocurrir lo inesperado,
 que el cielo y el infierno se junten,
 desaparezcan como dos estaciones provisionarias
 y surja por fin lo clamorosamente otro,
 el ramo hecho con todas las flores,
 el camino que va hacia todas partes,
 la expresión que sirve para todos los gestos,
 el reposo que sostiene todas las quietudes,
 la creación sin el límite de ningún creador.

Hipnotizado por la vida,
con un resabio de gusto a sí mismo
y algo de gusto a otras cosas,
semidiós despeinado,
mensajero que ha perdido su rumbo,
absorto entre timbales y proclamas.

Nació como los hombres,
morirá como ellos.
Sin embargo, su misión era otra.
¿La habrá cumplido acaso?

Todo se disfraza de hombre,
pero la vida desmiente a los disfraces
y todos los mensajeros se confunden.

¿No andará también algún dios hipnotizado
perdido por la vida?
¿Y no será también él un mensajero?

El rompecabezas de nuestros pretendidos aciertos
y nuestros aparentes errores,
parece concebido por un anónimo maniático
que hubiese roto jugando todas las figuras
y no quiere o no sabe recomponerlas,
ni permite tampoco que otro lo intente.

Ese espilfarro de formas,
ese confuso derroche de lo debido y lo indebido,
agota todas las reservas
y también la fuerza generatriz que las renueva.

Únicamente resta una fórmula:
ante un insoluble laberinto
construir otro más enmarañado,
que desconcierte al primero.

A veces parece que todo cuanto hacemos
ya ha sido hecho exactamente igual un momento antes,
como si frente a su incontestable inminencia
lo copiaran o reprodujeran previamente
o como si alguien corrigiese la secuencia del tiempo
y se nos anticipara con extraña y minuciosa inmediatez.

Tal vez sea éste un curioso procedimiento
para probar la inocuidad de lo que hacemos,
pero podría ser también la evidencia más palpable
de un universo excesivamente celoso
de cualquier movimiento del hombre.

La realidad carece de escrúpulos
y no la arredra ni aún plagiar textualmente por
adelantado.

30

Cada gesto comprende una porción de destino
y por eso todos los gestos exhiben
una pasmosa dosis de necesidad,
que parece pesar con peso propio.

Sin embargo,
debe existir otra unidad de medida
para poder calcular con precisión
la cantidad de destino de cada gesto.

Ya que lo mismo ocurre con cada palabra,
que es un gesto verbal,
con cada imagen visible,
que es un gesto hecho con la misma sustancia de la
[mirada,
con cada signo que nos roza
y que es tan sólo un hilo de la trama del aire.

Hasta un accidente es un gesto con destino,
tal vez una hipóbole del destino
o algo así como un arrebato de su lírico exceso.

Y hasta el azar es un gesto con destino,
tal vez el único que reúne todas sus magnitudes,
algo así como un ramo desatado con las flores hacia
[abajo.

Porque también el destino necesita
libertad para poder improvisar.

32

31

Hay veces en que se acierta todo.

Cada puerta se abre en el momento justo
y da hacia donde vamos,
la flecha no necesita que el arquero apunte
porque de cualquier manera va a clavarse en el
[blanco,

no es preciso que nada nos despierte
porque abrimos los ojos en el momento exacto
en que cada uno debe inaugurar su propio día.

Sin embargo,
no somos nosotros quienes con causa o sin causa
tocamos con nuestra vida
el punto sin distracción
donde ella misma o algo
se multiplica y se concentra.
El hecho es otro:

son las cosas las que algunas veces
aciertan totalmente en nosotros,
como si respondieran entonces
a un pacto mutuo del que formamos parte por un
[momento

o a un compromiso adquirido
con quién sabe qué otra cosa.

Es así como podemos llegar a comprender
la belleza y la originalidad del desacierto.

33

La vida tiene una música de fondo.
Nadie sabe reconocer su origen,
pero a veces nos parece recordar su melodía.

Quizá con eso basta
para no sentirnos completamente extraños,
a pesar de que todas las músicas se eclipsen
como soles impotentes
en los tráfgos subrepticios
de los espacios sin sonido.

Aunque casi ni vivamos,
la música de fondo de la vida
nos permite por lo menos
escuchar el vivir.

La muerte empuja por todos los costados.
La vida también,
pero hay alguno que de vez en cuando se le escapa.

Y es por allí por donde cedan o se filtran
los frontispicios disueltos de la luz,
las fragancias autónomas del aire,
la insistente pero no incólume
disposición a celebrar
que la ceremonia sea
algo más que el ancestral temblor
de abrir los ojos y cerrarlos.

Y es también por allí,
por ese costado olvidado,
que se apaga como un himno aparentemente tardío
nuestra bocanada de limitado infinito,
cuya flor siempre temprana
soporta apenas las inconsultas corrientes de aire
que arrecian sobre todo en determinados abismos.

Invariablemente llega entonces el momento
de las equivocaciones
y caemos en el funesto error de elegir,
entre los cautos alientos que nos frecuentan o

[embaucan,

aquel que no necesita de nosotros
y tan sólo nos visita como un seductor encapuchado
o quizá como un comprometido arrobamiento,
para esparcir nuestra columna
de íntimas y místicas humedades
por las múltiples bocas de sequía
que denuncian con su sed sorda y muda

la extrema incompetencia
de no saber ni siquiera distinguir
al que lleva la voz
necesaria para siempre.

Pero quien ha dado tanto de beber
debe completar su destino,
aunque el mundo no lo comprenda ni merezca.
Sin embargo,
en alguna parte existirá siempre alguien
o por lo menos algo
que reconozca sus legítimos títulos
de vigía de los brotes,
canciller de las aguas
y recóndito hacedor de eternidades.

(Al morir un poeta: Juan L. Ortiz)

Todo el pasado se me ha vuelto loco,
una sola masa líquida,
una secuencia única,
un solo día o una sola noche.

Y además de quedarse sin fechas ni períodos,
ha perdido también su orden cronológico,
su antes, su después, su recién, su hace mucho.

Tan sólo falta ahora que cese
la diferenciación entre olvido y recuerdo
y entre los efectos y las causas de un hecho.

El pasado es por lo tanto algo modificable,
quizá más que el presente,
pero seguramente menos que el futuro.

¿Dónde colgar entonces las historias gastadas?

Necesitaríamos por lo menos un clavo en alguna pared
para colgar allí con las manos del hombre
la consigna velciosa del tiempo
y sobre todo su inhumana estrategia,
como una raída vestidura,
tal vez solamente pintada
sobre la tela casi neutra de un cuadro.

Ser nocturno.

La alegría tiene otro color de noche
y ya no se confunde
con los ensalmos despeinados de la felicidad.

La fe tiene otro color de noche
y apelando a sus múltiples mutaciones
acorrala a los templos más escondidos.

Tu rostro tiene otro color de noche
y también tiene otra forma,
más cerca del amor y de los límites.

Y hasta el día tiene otro color de noche,
encuentra otro sol en la sombra
y desprendido ya de su linaje
descubre sus raíces más finas.

Ser nocturno.

Pero la noche no se mueve.
Tampoco tiene color.
La noche está aquí.

Ser es ser noche.

Poner junto a la alegría por la hoja que está
la alegría por la hoja que no está
y con ambas construir la alegría
por la hoja que ni está ni no está.

Aunque apenas alcance
para ocupar el espacio
de la hoja que falta en el pensamiento.

Las propiedades intercambiables de las cosas deben ser lo más importante, porque aquellas que no pueden cambiarse tienen ya su lugar adjudicado, sabemos dónde encontrarlas y no corren más riesgo que su propio mutismo.

Las otras, al contrario, frecuentan la intemperie, deshacen y rehacen el mundo, garantizan su inconsistencia y lo relevan de sus fidelidades: una frente puede cansarse de estar adelante e irse hacia atrás, una piedra puede volverse líquida o la muerte transformarse en anterior a la vida.

Las cualidades flotantes, las que no se adhieren y hasta tal vez nos hieren o se hieren, andan buscando algo, como si ellas no fueran atributos.

Y así son la mejor ilustración del encuentro sin condiciones que aún nos falta.

Las situaciones que deterioran la vida desgastan también la eternidad.

No sabemos si la eternidad tiene memoria, pero aunque la ilusión del tiempo se desmaye en sus redes, el tacto carcomido de la vida va sembrando en esa trama sus huellas digitales.

La eternidad no tiene ritmo, pero un insólito contagio le va creando acentos y cesuras.

Los objetos han comenzado a estallar por su cuenta, como si estuvieran hartos del insoportable ascetismo de carecer de la vida.

Así un vaso se parte sin que nadie lo toque, un cuadro disloca su marco, los armarios se desfondan en autónomos hundimientos y las grietas de la casa del hombre crecen con mayor rapidez, como si persiguieran una arquitectura diferente o quizá un habitante diferente.

Así también las piedras saltan sobre los árboles y se rompen como si fueran frutos al caer, la bombilla de la luz se quema mientras está apagada y los lápices se abren sin uso y abandonan su médula mineral de alelado grafito, renunciando a su inerte función de trasladar a un baluarte más seguro la esquivo corriente que arrastra a las palabras.

Tal vez un inesperado traspasé de lo inmóvil ha llevado a los objetos a imitar la promiscua vacilación de lo vivo y la estatura rota y sin compañía de la muerte. O quizá se trate tan sólo de una falla en la continuidad de alguna forma extraviada o del contradictorio cansancio de la parte más quieta del discurso de las formas.

Sin embargo, aunque los objetos estallen por su cuenta hasta que salte el mundo en pedazos o aun cuando puedan estallar hacia adentro y en cierto modo escabullir el mundo, no podrán abolir el abismo que siempre ha separado a la mano de sus múltiples [sombras o al pie de la supuesta ronda del camino.

Y sobre todo seguirá su errático impulso el hilo de soledad que hipnotiza con su ceguera sin tiniebla a los [objetos:

pensar,
pensar con ellos o sin ellos.

Pensar:
echar vacío en el vacío.

Me fatiga algunas veces
la búsqueda de la palabra irremplazable,
de la imagen única,
del sesgo que trastorna una frase,
del giro que se recoge
como un golpe de viento diferente.

Y siento entonces el deseo
de tomar simplemente las palabras que pasan,
de copiar apenas las imágenes que caen,
de aplacar por un tiempo el desvelo
y dejar que las figuras se formen
al azar de las morosas corrientes.

El cansancio de lo irremplazable
me hace tomar nuevas medidas a la vida,
aunque después las rompa.

Las múltiples metamorfosis de la locura
no se esconden ya en los tristes cajones de los armarios
ni en los zurcidos disimulados de los trajes,
sino que se pasean como tranquilos animales en
[equilibrio
por las cornisas de los edificios
y por las cabelleras que se odian caritativamente con el
[viento.

De allí suelen saltar a algunas casas bautizadas
con el agua lustral de las negaciones de la memoria
o también a las oficinas y las plazas detenidas,
para amonestarlas por no andar flotando por el aire.

La locura se ha visto obligada a confundirse
con los hilvanes de los libros
y las caratuladas formalidades
de las rituales antilocuras.
¿Pero dónde está la diferencia
entre los amores que pasan y los amores que no pasan?
¿Y dónde está el pensamiento
que puede deslizarse igualmente
por la línea recta, la línea curva o la ausencia de
[todas las líneas?

Y aunque la locura nos salve a veces de nosotros
[mismos,
termina siempre por reducirnos a nosotros mismos,
aunque alguna vez,
en uno de sus saltos de gato que se aprieta la cola,
descubra y franquee su intención funambulesca
de empujarnos y acompañarnos
a las franjas sosegadas de los nuevos abismos.

Entonces comprendemos que ella es la cordura de
[otra parte
y también que no estamos tan completamente solos,
como nos afirman nuestras habitaciones tapizadas de
[discordias,
nuestros maestros especializados en ciénagas
y los huecos excavados en todas las cosas.

La milésima parte de estos reanimados animales de la
[locura
bastaría para poblar los cascabeles mudos
del desgastado tapiz del decrepito universo.

Pero como la ley apunta en su obcecación hacia otra
[parte,
estas huérfanas criaturas no tienen más remedio
que mirarnos cada vez más fijamente a los ojos
y hacernos buscar como a excéntricos geométricos
[empedernidos
las perpendiculares absurdas,
pero extrañamente válidas,
de todos los caminos abandonados.

El insecto aleatorio del miedo
trepa por los muros inclinados
que separan la vigilia del sueño.
La rapidez con que se desliza
impide aplastarlo.

Su color espasmódico
frota los ojos
como un paño irritante.
La forma elástica de su cuerpo
varía constantemente,
como una sustancia impredecible
que desahucia cualquier identificación.

La vigilia quisiera entonces retroceder y apartarse,
pareciera que el sueño no va a llegar nunca,
la soledad se agrieta como un triste peñasco
y no es posible ya ser nadie.
Algo se encoge en alguna parte,
detrás de la mirada,
pero quisiera ser todavía más pequeño.

Cuando todo está a punto de estallar,
el insecto desequilibra caprichosamente el espacio
[de la noche
y desaparece como una secreción alucinante
en la circunferencia sin centro
de estas palabras casi vegetales.

Los rostros que guarda el árbol en sus ramas se convierten de pronto en una ráfaga de rostros que bloquea o paraliza por un momento la presión de los rostros del abismo.

Así unos rostros detienen entonces a los otros, mientras el viento de la tarde parece doblar eternidades y convertirlas en miradas del tiempo.

Los rostros entretanto se confunden y no sería raro que después aparezcan en el árbol los rasgos del abismo y en el abismo los gestos del árbol.

No hay lugar sin un rostro. No hay diques para una ráfaga de rostros. Y un solo rostro basta para colonizar lo que no existe.

Hay cosas que vienen de ninguna parte y hay más que van hacia ninguna parte. Pero hay otras que están ya en ninguna parte.

Más que el lugar de algo, son sus nolugares los que permiten ubicarlo.

La parte de sí que hay en el no y la parte de no que hay en el sí se separan a veces de sus cauces y se unen en otro que ya no es sí ni no.

Por ese cauce corre el río de los cristales más despiertos.

La palabra acompaña al hombre, como el ladrido al perro o el aroma a la flor.

¿Pero a quién acompaña el silencio?
¿Y a quién la ausencia?

¿Y a quién acompaña el vacío?

47

La naturaleza es un derroche.
El pensar también lo es.

Pero hay entre ambos unos islotes de soledad
donde a veces se concentra lo olvidado
y puede el hombre invocar de nuevo la armonía.

Aunque el derroche, por supuesto, continúe.

48

Hay paréntesis de paz,
tal vez triángulos,
pero triángulos abiertos.

En uno de ellos
habría que jugar la última partida,
ya que no hemos jugado algunas otras
o las hemos perdido.

Habría que jugar la última partida,
aunque también la perdamos.

50

49

La posibilidad de que existas
compite permanentemente
con la imposibilidad de que existas.

Desguarnecido entre ambas,
vigilo sin embargo a las dos.

Pero a veces la luz
no tiene más sentido que ella misma
y solamente se aplasta contra el ojo.

51

Cada hombre tiene dos nombres:
uno entero y otro roto.

El nombre entero
reúne sus partículas unánimes,
su transitoria consistencia,
el grado de fusión de su sombra y su cuerpo,
su aleatoria constancia de ser uno y no otro,
su reconocimiento de los huecos del mundo,
la desbordada suma
de su vida y su muerte.
Y hasta el amor, a veces.

El nombre roto, en cambio,
recoge los fragmentos del hombre,
aquello a que se alude con sigilo,
los restos de las cuentas perdidas,
los asombros que caen,
las astillas del espejo interior,
la locura de convocar los límites,
el trabalenguas del fracaso.
Y hasta el amor, a veces.

Pero entre ambos nombres se despliega
una ancha franja sin premura,
una tierra de nadie de los nombres,
una zona ya ni rota ni entera,
donde emerge,
como un signo sin trazo,
la presencia radical de lo anónimo.

Y es allí donde crece,
reelaborando lo imposible,
la última nominación,
la más precisa,
la que no necesita ni siquiera
la distancia del nombre.

Compaginar de nuevo la tristeza,
con sus desvaídos equinoccios
y sus contornos apelmazados de lluvia,
pero una tristeza fuerte,
apta para enfrentar los maleficios.

Y sobre todo capaz de combatir los crepúsculos
con sus rayos oblicuos y piadosos,
las fiebres taciturnas,
las esperanzas neutras,
las neuralgias gastadas,
las ausencias enteras,
las presencias a medias,
los fúnebres deslindes,
la garra de los sueños.

Y además el tiempo de estar solos,
ese espacio menguante,
esa luz de carcoma.

Porque sólo la tristeza
podrá doblegar a la tristeza.

(A María Teresa y Savas)

La vida se cansa a veces de sus formas,
relativiza sus contornos
y aparecen entonces
los semitextos enlazados
del diálogo inclusivo de las cosas.

Lo derecho conversa con lo izquierdo,
arriba con abajo
y la antigua materia,
la materia materia,
entrelaza libremente su ritmo,
las mil combinaciones
con que prescinde de ser vida.

Lo no vivo parece entonces lo más vivo,
su vigor nos corrige,
su densidad de formas
arremolina signos
de algo similar a un lenguaje.

Los cansancios de la vida
nos revelan así la consistencia
de otros modos del ser,
donde todo se comunica con todo.

Allí las distracciones cesan
(no hay ya quien se distraiga),
se precisan los contornos
(la fatiga no existe)
y la vida es un remoto conflicto
que hasta podría quizá ser olvidado.

Hay que empezar a abandonar cada tanto la escritura
y aprender a convivir con la página en blanco,
con su llanura demasiado lisa,
con su horizonte demasiado abierto.

Hay que dejar en suspenso nuestras figuraciones
para aproximarnos a nuestras transfiguraciones
y dialogar con ellas en el extremo del blanco,
sin tener siquiera la letra como testigo.

No todo lo esencial
armoniza con todo lo esencial.

Así la mariposa que derrama
sus dibujos en el jardín
se opone a algo fundamental,
aunque tal vez indecible.
Y hasta el tiempo

se relaja a veces abruptamente entre los dedos,
desgranando su consistencia contra sí mismo.

Sin embargo,
no sólo hay desarmonía entre lo que existe:
también hay desarmonía entre lo que no existe.
La mano pura, por ejemplo,
no coincide con ninguna forma de dios.

Quedaría únicamente
la posibilidad de la armonía
entre algo que existe
y algo que no existe.

Las cosas valen menos que sus reflejos.
 Hay que aprender a recogerlos
 como hostias caídas
 y conseguir con ellos
 la beatitud de una existencia tangencial.

Y aplicar el mismo principio a la vida.
 Aunque la vida no se salve,
 tal vez se salve su reflejo,
 que quizá valga más.

Una sabia ráfaga de luz
 entrecorta la respiración de la tarde
 y descuenta algo del oculto bochorno
 que oscurece la raíz de las cosas.

Una sabia ráfaga de luz.
 Nada más.
 Pero por un instante
 emerge la sospecha
 de una raíz más clara.

Impaciente por revelar lo oculto,
 la luz se vuelve a veces
 parte del dibujo entrañable
 y ya no tiene que alumbrar,
 sino tan sólo dar un salto.

Una hoja cae para ocultar su rostro,
 su vergüenza por la violencia del otoño.
 El árbol la comprende,
 la tierra la comprende,
 pero algo parecido a la luz
 no percibe la vejez de sus bordes
 de silencio quebrado.

La hoja se ha vuelto de papel.
 Entonces un viento de papel la saluda:
 le hace dar otra vuelta en el aire.

58

Decir una palabra excluye a todas las otras,
abrir un libro cierra todos los demás,
pensar una sola cosa desequilibra al mundo,
amar a alguien es el mayor olvido.

El ejercicio puntual de una sola vida
no podrá tener sentido nunca.

Queda sólo encontrar el plural.

59

Todos los botones están levantados.
¿Qué botón apretar?

La vida no es un juego de botones
y la muerte tampoco.

Pero los dedos conservan un reflejo
que permite extender una vez más
la mano en el vacío.

¿O habrá también un botón para el vacío?

58

60

¿Qué se esconde detrás de los colores?
¿Será la ausencia del color y la luz?
¿Será tal vez otro color desconocido?
¿O será simplemente
un comienzo que ignoramos de las cosas?

Porque todo color disimula algo,
lo reviste de un juego para el ojo,
de una canción que no se canta,
de un consuelo en las sombras.

Pero si existe otro color de fondo,
¿existirá también un ojo que lo vea?
¿O detrás de los colores no hay nada más que un ojo
que nos mira a través de ellos?

59

Entre la zona de las preguntas
y la zona de las respuestas,
hay un territorio donde accecha
un extraño brote.

Toda pregunta es un fracaso.
Toda respuesta es otro.
Pero entre ambas derrotas
suele emerger como un humilde tallo
algo que está más allá de los sometimientos.

La sangre trepa con un oscuro cansancio
y se recuesta en el perfil de una hoja.
La sangre aprende así a dibujar afuera
para seguir después su dibujo adentro.

El ojo mira con una pesadez de abismos
y se detiene de pronto en el temblor de un barrilete.
El ojo rebota en la gracia
para cerrarse y concentrarla luego
en su propia visión.

La mano se extiende como un animal sonámbulo
y su fatiga tropieza con la dulzura de una piel.
La mano aprende a contar las gotas de la lluvia
para poder cautivar el tiempo transitivo del amor.

La palabra se reconoce en estos movimientos
como el estandarte de la última conquista:
la reconstrucción o reinención de la luz.
La palabra es una conversión del mundo.

Los desenlaces provisionarios del cuerpo,
su prieto círculo de sensaciones,
su invención del dolor,
son también una forma de la revelación.

Leer en el cuerpo
es penetrar en un texto cambiante
cuya exégesis reconoce
una extraña simbiosis
de iluminaciones y hundimientos.
Detrás de sus espasmos y sorderas
brota a veces la aguja
que ha enhebrado la clave
de una nueva costura de las cosas.

La consecuencia neta,
además de la vida, la muerte y sus sometimientos,
es el código trémulo
de una ignota escritura.

Existen ciertas horas
 en que parecen traslucirse
 la confusión del aire,
 la duda de la luz,
 el cansancio del agua,
 la tristeza de la noche.

Todo equilibrio necesita recostarse.
 Así se tumbará también el último equilibrio
 y se derrumbarán
 hasta el canto de los pájaros
 y la palabra más secreta.

Tal vez sólo subsistan
 los restos macerados de una red.

En el reino cifrado de la noche,
 allí donde están paradas las tinieblas
 como un pez inmóvil y atentísimo,
 allí donde el corazón se desvincula
 de sus andariveles fracasados,
 allí donde sólo quedan como escolta
 las imágenes neutras del agobio,
 allí la vida recomienza.

La conversión teje su trama insólita,
 su indómito laberinto de inusuales diseños
 y en medio de la noche se abre un paso en el tiempo,
 como un desfiladero de infinitos.

La vida vuelve así a cabalgar sobre las nubes
 y también por debajo.
 Y el eco arañará bien los rincones,
 también el de la muerte.

A veces todo es un pretexto
para que pueda surgir una nueva forma,
una confabulación para que nazca
el milagro de otra formulación de lo ignorado.

Entonces los colores que mueren
van tiñendo poco a poco otro color,
los pájaros se callan
para favorecer la espera
y hasta el hombre apoya su oído contra la tierra
para escuchar el nuevo latido.

La inminencia se desprende
de su propio secreto
y un borde del cuerpo infinito
se separa como una arista inaugural,
para alimentar al mundo
como si fuera la primera vez.

¿Será la muerte una ficción,
un producto de la imaginación compulsiva del hombre
y de sus tercos sistemas irreales?

Si así fuera
no se trataría ya de la vida y la muerte,
sino de una sola secuencia
sin más validez que la azarosa figura
que dibujaría el viento
si le interesarán las formas.

No se trataría de terminar o comenzar nada,
sino de borrar una ilusión mal ubicada
o de suprimir una errata
en un texto que nadie va a imprimir.

Y menos todavía.
La muerte no sería ni siquiera una ficción,
sino tan sólo la invención de una apariencia,
una simulación equivalente a la vida,
cuyo sujeto es nada más que un solaz
o un esparcimiento de la ausencia.

Nos derrumbamos
sin perder siquiera la costumbre de nuestros gestos,
por ejemplo mantener los ojos abiertos,
la mano en la posición que toma cuando amamos,
el hueso en su silencio,
la boca en la inminencia
de decir o callar algo.

Tal vez nos derrumbamos
sin que caiga lo que cada uno es
y eso siga flotando como una serie de espasmos
algo más furtivos por el aire.

Puede ser que los gestos que se aprenden no se
[pierdan,
aunque sí su aprendiz.
Si es así,
quizá alguna palabra entre muchas
puede haber sido dicha para siempre.

Me está sobrando dios.

Debo recortar sus extremos
y recuperar el habla,
antes que se borren mis límites.

Debo reconocer una vez más el campo
y decirme tres o cuatro palabras,
antes que todo se unifique.

Debo trasplantar lo que amo
y asegurarle por lo menos una fuente,
antes de volverme de espaldas.

Debo salvar algunas cosas,
aunque ya no me salve,
antes que todo se pierda.

Y para eso es preciso
que dios me esté faltando.

En los últimos límites
se está siempre completamente solo.
Y aunque el aprendizaje haya comenzado muy
[temprano,
recién allí comprobamos inexorablemente
que esa soledad no se aprende.

La vida es demasiado breve
o el hombre demasiado incompleto
para poder llegar a comprender ciertas cosas,
que resultan, sin embargo, imprescindibles.

Si esta experiencia del final
hubiera estado al comienzo,
quizá nadie hubiera aceptado vivir.
Y en lugar de la vida y el hombre
quedaría nada más que un racimo incidentalmente
[cortado,
como testimonio del incesto del vacío.

Y también la extrema frustración de la muerte,
su impotencia
junto a un árbol más antiguo que el mundo.

El corazón desentierra antiguos talismanes
y convoca pasiones distraídas,
pero la alegría es cada vez más triste.
Gastado por amores y por dioses
sólo entona canciones sin abrigo,
casi desnudas de su propia música.

El corazón no entiende ya más cambios
y no comprende a otros corazones
que parecen jugar ante la muerte.

El corazón ha perdido sin notarlo
su última inocencia.

¿Qué borrar primero:
la sombra o el cuerpo,
la palabra escrita ayer
o la palabra escrita hoy,
el día oscuro
o el día claro?

Hay que encontrar un orden.
El aprendizaje de borrar el mundo
nos ayudará luego a borrarlos.

Se han unido el sueño y la vigilia
y no puedo ni quiero separarlos.

Tal vez en este inicial ayuntamiento
pueda inspirarse lo demás que debiera estar junto,
lo demás que separa el gran río,
sin que sirvan puentes ni arrebatos.

Así podrían fundirse, entre otras cosas,
los ojos claros y los ojos oscuros
en el solo color de unos ojos recién inaugurados.

Y entonces, hasta quizá se inspire el río.

La piel seca del desconcierto
atropella al cuerpo de que carece,
pone en suspenso todos los pedestales
y aprende a reconocer el fracaso
de las paredes interiores y exteriores del mundo.

Poco a poco se transforma entonces
en una húmeda película,
que se filtra en las grietas de esos muros innecesarios,
va a vestir la fría ingravidez de las estatuas
y acorralla las fiestas que no existen,
hasta convertirlas en sustancia suficiente
para sostener su ejemplar delgadez.

Pero la armonía no necesita piel alguna
y su concierto de sequedades y humedades
incluye también al desconcierto,
como si en el inverosímil congreso de las cosas
todo fuera a la vez su propia antítesis,
su verdad y su mito,
su corazón lleno de espuma
y su espuma replegada
en un mar ecuatorial de corazones.

Tal vez sería necesaria
una piel para recubrir
la desnuda armonía de la nada.

Cada gesto debé ser certificado.
Cada detalle debe atestiguar por escrito
y ante la autoridad competente,
aunque sea difícil encontrarla,
para que cada uno valga como prueba.

Porque en cualquier momento,
la existencia de cualquier ser o cualquier cosa
debe constar en el registro,
único e indivisible,
que nadie lleva,
pero donde se asienta todo cuanto hacemos,
como también aquello que no hacemos.

Ya que aunque no podamos obtener nunca,
ni siquiera pagando el correspondiente sellado,
copia o testimonio del acta de nuestra existencia,
tenemos confianza en poder alguna vez
clausurar el registro.

Alguien o su sustituto
nos espera a la vuelta de la esquina,
aunque allí no haya nadie
y aunque ni siquiera haya esquina.

Alguien o su reemplazante
nos espera en cada cosa,
como si en cada una hubiese
una historia que nos fuera a ser contada.

Alguien o su doble
nos espera en cada gesto o movimiento que
[repetimos,

con el semblante de un viejo conocido
que viniese a nuestro encuentro.

No se trata del mismo o de lo mismo,
ya sea titular o suplente,
ni se trata tampoco
de darle en cada caso un nombre.

La disfunción es otra:
no sabemos todavía quién o qué nos espera adentro.
Y entonces no sabemos actuar
como alguien que es de veras esperado.

Por otra parte,
ya todo nos resulta obstinadamente insistente,
un paso más acá de la distancia
que requiere la espera.

Arañado con algo menos que amor
 el tiempo que nos queda,
 descartando el encanto
 y tomando la luz sólo como un mensaje,
 aparecen de pronto ciertas neutras figuras
 que desactivan las soledades últimas.

Nada acompaña a nada.
 Es mucho menos que eso
 y también mucho más.
 Es convertirse repentinamente
 en fichas intercambiables:

unas veces el hombre sueña a sus imágenes
 y otras veces las imágenes sueñan al hombre.

Lo único que no cambia es el soñar.

La noche nos aplasta contra la noche.
 Y aunque escapemos hacia el sueño,
 en el fondo
 o del otro lado
 la noche nos aplasta contra la noche.

No importa qué perdidas imágenes
 tejen su red de subyugantes arrogancias
 y nos envuelven desde adentro
 como un circo interior:
 entre imagen e imagen
 la noche nos aplasta contra la noche.

Y no importa tampoco que la mañana nos despierte
 a no sabemos qué mundo o yo distinto:
 entre la luz, los ojos y las imágenes de afuera
 la noche nos aplasta contra la noche.

No hay lenguaje ni fuego ni distancia
 ni color ni pasión ni consistencia
 ni alrededor ni centro ni abandono
 que nos exima de esta coacción constante:
 la noche nos aplasta contra la noche.

Únicamente cesará el apremio
 cuando deje el hombre de interrumpir a la noche.

Mis gestos se separan de mí
y comienzo a verlos como si fueran de otro.
O quizá como un espectáculo independiente,
que ya no perteneciera a nadie.

Empiezo entonces poco a poco a sorprenderme,
a perderles confianza,
a sospechar que hayan o no recogido
lo que creía haber puesto en ellos.

Y no se trata únicamente
de los gestos que van hacia los otros,
sino también de mis gestos a solas,
que antes me acompañaban y asistían.

Así, sin que nadie lo note,
me voy reduciendo progresivamente de tamaño,
como una planta talada con singular sagacidad por las
[hormigas
y que ignora además de dónde proceden.

Algunas veces el tiempo se objetiva
en bloques de solidez abrumadora,
que a su vez se deslizan
por corrientes de un vasto tiempo líquido
y entre masas de un tiempo hecho de aire.

Además el tiempo se objetiva
en dureza interior,
en firmes consistencias de pensar,
en visionario párrafo de algo
que huye de su continuidad,
de su homogeneidad,
de su textura igual y monocrorde.

Todo al fin se divide,
se proyecta, se escapa,
se revisa a sí mismo,
se va hacia nuevas formas,
se reconoce sólo afuera.

En estas peripecias,
como un fruto que ha cambiado de árbol,
¿no habrá también un bloque
de tiempo que no pasa?

Cada mañana resulta más difícil
reincorporarse al mundo,
convalidar sus fuentes de sequía,
reinstalar en la histeria de sus ruidos,
conectar entre sí los colores,
volver a los abrevaderos de palabras,
reconocer los páramos de historia.

Cada vez es más duro
transar con la hipoteca
de vivir esta fábula
perdida entre los astros,
carcomiendo el misterio
de sentir que podíamos
haber sido otra cosa.

Cada día resulta más costoso
recomenzar el día,
a pesar de los crípticos reajustes
con las intimidades de lo que no es el hombre:
los silencios como islas en la luz,
las savias que imaginan nuevos mundos,
los reflejos que consuelan a las grietas,
la nervadura de un pájaro que pasa
sin ir, sin pasar, apenas siendo un pájaro.

Y así ha crecido la sospecha:
lo imposible
ya casi no soporta a lo posible.

Distantes aprendices
de lo más cercano,
sabedores de la rosa
que no pueden olerla,
vivos de una vida
que se desvive al vivirse,
lanzadores de una red
que se da vuelta y los captura,
viajeros de una distancia que no existe.

¿Para qué comenzar
si todo empieza
donde ellos terminan?
¿Para qué abrir la puerta
o para qué cerrarla
si siempre en su lugar hay algo inmóvil,
una zona impenetrable
que no cambia en lo abierto y lo cerrado?

¿Habrá también ruedas cuyo destino es no girar,
agua cuyo sentido no es mojar,
vientos cuyo objeto no es soplar,
fuego cuya función no es quemar?

Si lo más alto consiste
en no ser lo que se es,
¿en qué singular espacio debe uno
separarse de sí mismo?

La escritura infecta aquí el paisaje.
 Hay más letras que hojas.
 La palabra del hombre
 se ha convertido en floración parásita.

La escritura cubre así otra escritura
 y no deja mirar hacia otro lado,
 hacia la fiesta pura de leer en el fondo
 el secreto alfabeto que no se deletrea.

Hay que cavar detrás de la escritura,
 hasta encontrar la otra, la cegada.
 Ya estamos en los últimos renglones
 y no hemos terminado todavía el mensaje.

Como un torpe aprendiz
 mi mano va aprendiendo dificultosamente
 un gesto que me desconcierta.

Esta vez yo no soy el maestro,
 aunque alguna parte mía sin saber la ayude.

Me asombra su pertinacia

y me atemoriza su tenaz decisión.

Sólo sé que su sentido es hacia abajo
 y sin embargo la resistencia aumenta.

También he descubierto que es un gesto entero,
 no fraccionable en secuencias,
 un gesto que no admite descansos.

Debe encontrarse al final de algo,

quizá al final de todo,

pero esto no es más que una suposición.

Mi mano ha trabajado mucho sin mí
 o yo sin ella.

Hay vidas que se sostienen así,

en ocultos entendimientos,

tal vez para evitar el estupor de la armonía.

No es justo entonces que le pida ahora a mi mano
 razón de su tarea,

de su costoso y reservado aprendizaje.

Tendré confianza en su gesto.

Su soledad es mi mejor garantía.

Estoy preparando mi último poema,
pero mientras tanto me distraigo en los penúltimos.
Sin embargo, todo poema es último.
Pero también lo último puede convertirse en
[penúltimo.

El tiempo que nos resta es como una respiración,
autónoma y también complementaria de la nuestra.
A veces se ensancha
y a veces se contrae.

El tiempo que nos resta no es siempre el mismo.
Lo último se corre
hacia atrás o adelante.

Me están dictando cosas,
pero no desde otro mundo u otros seres,
sino, más humildemente, desde adentro.

Pero ¿quién está adentro,
además de estar yo?
¿O tal vez no estoy yo
y he dejado mi lugar
para que otro me dicte?

Si esto es así,
no importa que el dictado
no lo comprenda nadie.
No importa ni siquiera
que lo comprenda yo.

Ser no es comprender.

Índice

1. ¿Dónde está la sombra...?	7
2. También las palabras caen al suelo	8
3. La forma nominal de algunas cosas	9
4. Hay que alcanzar esa mirada	10
5. El vacío de la mano cerrada	11
6. Registrar todos los datos	12
7. Al lado de cada línea hay un vacío	14
8. Debemos conseguir que el texto que leemos	15
9. Tengo un pájaro negro	16
10. Cuando se abren las puertas del hombre	17
11. Desgarrar el papel al escribir	18
12. Edificar una sola vez un día totalmente claro	19
13. El centro del amor	20
14. Los poemas inacabados	21
15. La osada perfección con que las hojas	22
16. Reflejo de lo que pasa en lo que pasa	22
17. Mientras duermes	23
18. Apagar las habitaciones iluminadas	23
19. Escaleras que no ascienden ni descienden	24
20. Barrer de vez en cuando el pensamiento	24
21. El destino del paso que no damos	25
22. La tierra es un campo de pastoreo de las estrellas	25
23. Despertar imprudentemente cuando no corresponde	26
24. No decir el poema	27
25. Recortar figuras del silencio	28
26. Aunque abramos bien los ojos	29
27. Hipnotizado por la vida	30
28. El rompecabezas de nuestros pretendidos aciertos	31
29. A veces parece que todo cuanto hacemos	31
30. Cada gesto comprende una porción de destino	32
31. Hay veces en que se acierta todo	33
32. La vida tiene una música de fondo	34
33. La muerte empuja por todos los costados	35
34. Todo el pasado se me ha vuelto loco	37
35. Ser nocturno	38

36. Poner junto a la alegría por la hoja que está	39
37. Las propiedades intercambiables de las cosas	40
38. Las situaciones que deterioran la vida	41
39. Los objetos han comenzado a estallar por su cuenta ..	42
40. Me fatiga algunas veces	44
41. Las múltiples metamorfosis de la locura	45
42. El insecto aleatorio del miedo	47
43. Los rostros que guarda el árbol en sus ramas	48
44. Hay cosas que vienen de ninguna parte	48
45. La parte de sí	49
46. La palabra acompaña al hombre	49
47. La naturaleza es un derroche	50
48. Hay paréntesis de paz	50
49. La posibilidad de que existas	51
50. Cada hombre tiene dos nombres	52
51. Compagnar de nuevo la tristeza	53
52. La vida se cansa a veces de sus formas	54
53. Hay que empezar a abandonar cada tanto la escritura	55
54. No todo lo esencial	55
55. Las cosas valen menos que sus reflejos	56
56. Una sabia ráfaga de luz	56
57. Una hoja cae para ocultar su rostro	57
58. Decir una palabra excluye a todas las otras	58
59. Todos los botones están levantados	58
60. ¿Qué se esconde detrás de los colores?	59
61. Entre la zona de las preguntas	60
62. La sangre trepa con un oscuro cansancio	60
63. Los desenlaces provisionarios del cuerpo	61
64. Existen ciertas horas	62
65. En el reino cifrado de la noche	63
66. A veces todo es un pretexto	64
67. ¿Será la muerte una ficción...?	65
68. Nos derrumbamos	66
69. Me está sobrando dios	67
70. En los últimos límites	68
71. El corazón desentierro antiguos talismanes	69
72. ¿Qué borrar primero...?	69
73. Se han unido el sueño y la vigilia	70
74. La piel seca del desconcierto	71
75. Cada gesto debe ser certificado	72
76. Alguien o su sustituto	73
77. Arañando con algo menos que amor	74
78. La noche nos aplasta contra la noche	75
79. Mis gestos se separan de mí	76

80. Algunas veces el tiempo se objetiva	77
81. Cada mañana resulta más difícil	78
82. Distantes aprendices	79
83. La escritura infecta aquí el paisaje	80
84. Como un torpe aprendiz	81
85. Estoy preparado mi último poema	82
86. Me están dictando cosas	83

Esta octava entrega de *Poesía Vertical* vuelve a traernos entonces su "creación de presencia", su respuesta que es pregunta por la condición humana, su pregunta que es también consuelo por la condición de todo. En ese mundo de la interrogación por el hombre y por lo que acompaña —o no— al hombre, encontramos los *espacios sin espacio*, descubrimos que *registrar los datos, aunque no sepamos descifrarlos*, nos examirá tal vez de la necesidad de descifrarlos. La labor del poeta adquiere entonces su significación última: ser memoria del misterio, para que, al fin, éste nos descifre.

La *Poesía Vertical* de Roberto Juarroz ha sido editada en diversos países de América y Europa y ha sido traducida a múltiples idiomas (francés, inglés, alemán, italiano, portugués, griego, danés, rumano, hindú, árabe, etc.). Las Ediciones Carlos Lohlé se han propuesto su mayor difusión en la Argentina, desde la publicación de *Poesía Vertical. Antología Mayor* (1978). Al presentar ahora *Octava Poesía Vertical* cree facilitar, sobre todo al lector argentino, el acceso a una de las más importantes y originales obras de la poesía contemporánea en lengua española, reconocida como tal por creadores de la significación de Octavio Paz, René Char, Julio Cortázar, Antonio Porchia, Vicente Aleixandre, Roger Munier, Pierre Emmanuel, Luis Rosales, Léopold Sédar Senghor y muchos otros. Carlos Lohlé ha publicado también un volumen de prosa de Roberto Juarroz: *Poesía y creación: Diálogos con Guillermo Boido* (1980).

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 1984
en la Imprenta de los Buenos Ayres S.A.,
Rondeau 3274, Buenos Aires, Argentina.